

gas: en Septiembre Fray Hortensio Felix Paravicino; en 1610, Lope de Vega.

Cervantes era esclavo del Santísimo Sacramento, y lo era por su gusto, y quizás también por gratitud y amistad con los padres trinitarios. Trece días después de esto, se verificaron las velaciones de su hija Isabel con Luis de Molina. Fué padrino Miguel y madrina su mujer Doña Catalina de Palacios. Gran triunfo fué este; para Miguel, halagüeño. Doña Catalina apadrinaba la boda de la hija natural de su marido. ¡Oh, bellos sesenta años! Ya estaba todo sufrido; ya estaba perdonado todo.

CAPÍTULO XLIX

CÓMO DECAYÓ ESPAÑA.—LA CAPILLA DEL SAGRARIO.
EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN.—MUERE DOÑA ANDREA.
DOÑA CATALINA HACE TESTAMENTO

Llegado á los sesenta y dos años, Miguel de Cervantes pensaba mucho más que andaba. El vigor de su trabajado cuerpo decaía mucho antes que la fortaleza de su espíritu. Su vida en Madrid era sedentaria. Desde su casa de la calle de la Magdalena, á oír misa en San Sebastián ó en la Trinidad, que estaban cerquita, de allí á charlar un rato en la librería de Francisco de Robles, que tampoco estaba lejos ó en la imprenta de Juan de la Cuesta ó en el mentidero de representantes, calle del León. Cuando más, se alargaba hasta las temibles gradas de San Felipe, camino de Platerías, donde moraba el librero Villarroel, también amigo suyo. A Palacio no quería llegar. Tristemente lo decía á sus íntimos:—Siempre se me hace tarde para llegar á Palacio.—No obstante, aquellas cortas idas y venidas le bastaban para darse cuenta del nuevo estado social que se incubaba en la Corte, ya en absoluto desligada de la demás vida española, y que, por ello, caminaba á grandes trancos hacia la ruina suya y de la nación.

Al crecer las devociones, habían crecido las maledicencias y las hablillas. Quien muchas absoluciones y penitencias há menester, será porque peque mucho, y este sencillo razonamiento lo hacía todo el que observase la gran olla podrida de la Corte, cuyo hervor, con todos sus olores y sabores, nos muestra mejor que nadie el injustamente olvidado, el gracioso, el profundo y el

cortesano Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, en cuyo ingenio, diamante con millares de facetas, se reflejan todos los aspectos y matices de la vida enredosa y revuelta que, partiendo de un Palacio donde apenas se pensaba ni se sentía, irradiaba por la nación entera, pronta á sumergirse en modorra y letargo. Diamante de facetas menudas hacía falta ser para reproducir la vida de la Corte, no espejo anchuroso y capaz de reflejar el aparato y espectáculo del vivir en toda su amplitud. Por eso, Cervantes, en el período en que mayor fué su actividad pensadora y productiva, no hizo ni pensó hacer obra importante que en la Corte aconteciera. ¿No es digno de atención esto? Por ningún estilo puede afirmarse que fuera Miguel *un ingenio de esta corte*, ni de la otra, y en este sentido aventaja á Lope y á Quevedo, quienes no olvidan jamás que son caballeros de hábito y que en la Corte se les agasaja, se les teme ó se les envidia.

Por el contrario, Cervantes, desde que publica la primera parte del *Quijote*, ya no es de este ni del otro sitio, sino que es de toda España, y aun de la humanidad entera. Por eso, el Ingenioso hidalgo sesentón trata poco ó nada con literatos. De Lope y de su amistad ó enemistad está desengañado. El olor de admiraciones y de odios que en pos deja, como perfume de su hábito, D. Luis de Góngora, no le marea como al mismo Lope mareó á veces. Ni le desvanece la enrevesada, altisona y retumbante retórica del P. Maestro Hortensio Félix Paravicino, que va taraceando el pensamiento español, embutiéndole é incrustándole en complicadas hojarasca, alharacas y filigranas de vocablos hasta escamotearle completamente ó dejarle seco y almendrado en la inflada y repolluda forma, como un rugoso granillo de cilantro en el hueco de un chifle ó como el badajo en la campana.

En las plumas de estos y de los otros, una atmósfera de hipocresía artística, de rebuscada y artificiosa insinceridad y de receloso y estudiado desprecio de la Naturaleza va formándose. No ha comenzado casi á lucir el sol del siglo de oro, cuando su claridad se vé empañada por estos nubarrones de tela teatral, semejantes á los que pintaba el Greco. La literatura se hace cortesana antes que la corte comience á tener estabilidad y firmeza, por lo

cual carece de aquella maravillosa armonía con la sociedad que la aplaude y con el ambiente que la rodea, que al *gran siglo* de Luis XIV inmortalizó. Y en esto se manifiesta desde luego un divorcio absoluto, radical no diré que entre la corte y el pueblo, sino entre la corte y lo que no es corte.

La corte admira y alienta á los ingenios cortesanos, cuyo oficio y empeño es, por consiguiente, sutilizar y refinar más cada vez su labor. Van desapareciendo ó han desaparecido ya de los alrededores de Madrid las encinas y los olmos, los sauces, los madroños y los álamos que halagaban la vista, pero en cambio, pocas son las casas en cuyas paredes no haya selvas pintadas y alamedas ú olmedas tejidas en los tapices que cubren las paredes. La Naturaleza huye espantada de los artificios de la Corte, y un arte de tapicero y ebanista quiere imitarla y reemplazarla en la vida corriente. Huérfanos de halago natural los ojos, lo buscan en falsos artificios, y á la negrura y austeridad monástica de las vestimentas, en los pasados tiempos de Felipe II, sustituyen los gayos colorines en los trajes de señoras y caballeros, las telas de reluz, las ropas bordadas, las lechuguillas, los rizados, las valonas, los costosos encajes, las llamativas basquiñas, los impertinentes sombrerillos. Comienzan á hincharse las sayas, como han comenzado á hincharse los conceptos. No falta mucho para que la literatura de tontillo y de guardainfante, de cintura ajustada y de corazón oprimido y seco triunfe en todo y por todo.

El Ingenioso hidalgo vé todo esto y conoce que no le dió la pluma Dios para que en tratos cortesanos la empleara. No, él no puede ser un literato de tapiz: no, él ama la Naturaleza, el sosiego y la amenidad de los campos, el cantar de los pájaros y el susurrar de las fuentes. Su mundo no es la calle Mayor, ni siquiera las tablas del corral de la Pacheca: pero aún le queda mucho que decir de lo muchísimo que está cavilando en estos años fecundos de la primera vejez, aposadas las impresiones fugitivas, clarificando la visión con el transcurso de los años. Y Miguel siente ó presiente en torno suyo, aquí y allá, en la posada y en el camino, en la apartada aldea y en el repuesto bosque, en el puerto bullicioso y en el claustro solitario, en la cabaña del pastor y en el castillo del

magnate su mundo, su público, la grande y diseminada masa de los lectores que aman la Naturaleza y odian el artificio y la triquiñuela: esa desconocida, despreciada y desparramada suma de sentido común y de claridad de juicio que entonces, como ahora, existía en España, y á quien nadie ha sabido ni podido conquistar, encauzar y dirigir para nada práctico, porque en ella no hay más ni hay menos, sino que todos pueden decir á quien pretenda guiarlos la fantástica fórmula aragonesa: Nos que valemos tanto como vos y todos juntos más que vos...

Este cúmulo de individualidades aisladas, poderosas, hurañas, altivas que en realidad constituyen lo bueno del país, era entonces y es hoy la comunidad desconocida y sin amo de los libres adoradores de la verdad. Estos admiraban el *Quijote* y con ellos creía contar Cervantes, mas no vaya á creerse que era grande su confianza. El descubrimiento del sentido común y del buen criterio esparcido por toda España es un modernísimo descubrimiento. Locos, tontos y ciegos guiaban entonces y han seguido guiando después.

En los apuros que Cervantes pasaba, á pesar de su reputación, echaba de ver á veces, con amargura, que si se podía contar con millares de gentes de buena voluntad para la admiración y hasta para el amor, esos millares de gentes desparramadas eran incapaces de más acción común que la de un asentimiento platónico y mutuamente desconocido ó no comunicado. ¿No hemos visto cuán infructuosos empeños los de esos políticos que han tratado de conquistar la llamada *masa neutra*? Piensa bien, siente con honradez, ve claro, pero cuando llega el momento de resolverse á hacer algo, la masa neutra se emboza en su capa y se va á tomar el sol, independiente y feliz, señora de sus pensamientos y de sus acciones, grande y solitaria como Diógenes en su tonel.

Por eso Cervantes, aunque contaba ya con esa gran cantidad de amigos y admiradores desconocidos, cuya silenciosa atención es el mejor pago de toda labor literaria, pensaba aún de vez en cuando que le sería muy conveniente arrimarse á algún árbol de buena sombra: por eso, por procurarse cobijo y ayuda entró en

la mundana cofradía del Santísimo Sacramento á la que pertenecían las personas de más viso é influencia en la corte y debió de buscar entre ellas alguien que amparase sus canas. Quizás entonces comenzaron para él las larguezas del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas. A un cardenal tan amante de la regularidad clásica, en la que veía él lo más acabado del arte, no podía menos de complacerle el saber que el alma brava de Don Quijote deponía su fiera independencia para entrar en una devota cofradía. Aquella sumisión de Cervantes era una bella conquista. Era como haber hecho caballero de Santiago ó de Calatrava, entre otros tantos de esas religiones, al debelador de los Molinos de viento.

Si no conocéis la catedral de Toledo, no comprenderéis el espíritu de D. Bernardo de Sandoval y Rojas, patente y con toda claridad revelado en su obra magna, que fué la construcción de la capilla de la Virgen y del Ochavo ó Relicario que está detrás de ella. Escondida en las ancas de la gigantesca mole y cerrada por una puerta escurialense y por fortísimas verjas resguardada, la capilla de la Virgen del Sagrario corrige la osadía de las naves góticas y se inmiscuye entre ellas como un tratado de Lógica en un poema romántico. El gran libro de caballerías á lo divino y á lo humano que los Egas y los Arfes, los Villalpandos y los Copinés, el maestro Rodrigo y el maestro Felipe Vigarni, tallaron, forjaron, esculpieron, recamaron, estofaron, pulieron y rimaron, queda interrumpido en cuanto se entra en la capilla del Sagrario.

En ella, todas son líneas rectas, rígidas, de geométrico valor, todos son mármoles y jaspes multicolores, pero fríos, admirablemente ensamblados y compuestos, pero sepulcrales. Aquello es un panteón más que una capilla, y la Virgen alegre, morenita, se muere de tedio en su trono de oro y bajo su costra de brillantes, perlas, rubíes y esmeraldas que lloran en lo oscuro, añorando las caricias del sol, recibido por ellos solamente una vez al año, cuando la divina imagen sale de su prisión, se abren las verjas rechinosas, y ella se pavonea ufana en el crucero.

Esa es la capilla, ese el pensamiento y el espíritu de D. Ber-

nardo de Sandoval y Rojas: ya había entonces muchos señorones á quienes el arte ojival comenzaba á parecerles obra de locos y faltos de seso, libro de caballerías digno de ser condenado y prohibido y cerrado á la admiración de las almas ansiosas. Ved cómo y por qué D. Bernardo de Sandoval y Rojas protegió, cual á otros muchos y sin distinguírle quizás de los demás menesterosos, á Cervantes. Pensó que el Quijote y la capilla del Sagrario, cuya obra le satisfacía cada vez más se completaban y tal vez fiándose en demasía de los razonamientos contra Lope aducidos por el canónigo en los últimos capítulos del *Quijote*, creyó que el ingenio de Cervantes era capaz de acabar con el desorden, baraunda y demencia de las caballerías pasadas y de las que aún pudieran intentarse.

También lo creyó Lope así y por eso no se entendió jamás con Miguel. Funesto error fué éste y lamentable disentiendo nacido de ser dos caracteres inconciliables los suyos. Si Cervantes no hubiera pensado en otra cosa que en destruir los libros de caballerías, circunstancial obra hubiera sido la suya, como la capilla del Sagrario, que, para los ojos del artista no existe ya, ni empee en nada el entusiasmo y devoción con que se contempla lo demás de la catedral. Pensó Lope también que Cervantes, desengañado de sus intentos dramaturgicos, detestaba sus comedias por lo que en ellas había de bravura y disparate, heredado del Romancero y de las viejas caballerías españolas, y en esto se equivocó Lope ó desconoció las comedias del mismo Cervantes, cuyos materiales en la cantera épica y caballescá habían sido labrados.

Crejó, en suma, el Fénix de los ingenios, lo que muchos han creído posteriormente, que el espíritu de Cervantes era el de un clásico, regularizador y corrector de las fantasías románticas propias de la gran tradición española, ó mejor, europea. Su origen sevillano, su italianismo juvenil así lo hacían creer también.

Engañáronse de medio á medio D. Bernardo de Sandoval y Lope de Vega: parte de la posteridad se ha confundido también y ha sido menester que poetas románticos como Heine, hicieran

constar á voces que el *Quijote* es obra romántica y aquí importa declarar que no sólo es obra romántica, sino que es el mayor y el mejor de todos los libros de caballerías, por haber reunido la desaforada locura y á la descomunal fantasía que los dictó una suma de razón y de humanidad en ningún otro libro contenida.

Con estos pensamientos, iba Miguel aumentando sus esperanzas de proseguir la obra y ésta se engrandecía en su imaginación. Había dejado á Don Quijote, caballero de la Triste Figura, y se le revelaba como caballero de los Leones. ¿Hay nada más sintomático, más claro que el regodeo con que Miguel hace hablar á aquel Sócrates campesino llamado el Caballero del Verde Gabán, pintando una felicidad burguesa, razonadora, sentada, semejante á la de tantos y tantos villanos en su rincón y sabios en su retiro como había pintado y hecho cantar en versos horacianos Lope sobre el troquel de Fray Luís de León? Don Diego de Miranda es la encarnación de aquella sociedad de Felipe III que ya no quería héroes, ni en ellos creía, sino que estaba preparada á la siesta y al sueño: de aquella sociedad que ya no mantenía ni el halcón ni los galgos, que requieren la caza de altanería ó la de carrera, sino un perdigón manso para cazar á la bartola y á la traidora con reclamo, ó un hurón atrevido, para cobrar los conejos en la albanega sin trabajar en perseguirlos por el soto, sino sentándose tranquilamente cabe los codiles y vivares.

El caballero del Verde Gabán, con su templadísimo y mesurado vivir, con su prudente y sensato razonar, es la figura de un mundo empalagoso y palaciano, de quietud y de calma boba. Don Quijote escucha con docilidad y cortesía sus raciocinios, pero se ofrece la aventura de los leones y allí es donde el héroe hace ver que es héroe de veras. El alma heroica de Lepanto se mete so la armadura de Don Quijote y acomete impávida á los leones, y antes de ello, segura de sí misma, lanza al prudente caballero y á su sociedad burguesa estas palabras magníficamente despreciativas: —Váyase vuesa merced, señor hidalgo, con su perdigón manso y con su hurón atrevido y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mío y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones...—y replicándole Don Diego, aún recalca Don Quijote la burla y le

dice:—Ahora, señor, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que, á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo...—¿Es creible que un hombre que de tal manera piensa y siente y con tan sincero entusiasmo como el reflejado en la narración de esta aventura capital y elocuentísima la describe y presenta, se proponga desterrar las caballerías del mundo ni menospreciar á los caballeros? ¿Puede creerse que esas bellamente irónicas palabras las ha escrito un amante de la regularidad y del orden? Y además de esto ¿es lógico pensar, como se ha dicho por ahí, que Cervantes no tenía proyecto de rematar el *Quijote* y sólo sacó á luz su segunda parte excitado por la publicación del libro de Avellaneda?

No; desde que vió Miguel cómo una grandísima porción de gentes habían calado algo, mucho ó poco, y algunas todo cuanto en la primera parte de su libro había, no dejó de pensar en concluirle: ni la grandiosa facilidad de lengua y estilo en la segunda parte revelada y que tanto recuerda la *segunda manera* de Velázquez, se logran y consiguen sino á fuerza de largas reflexiones sobre un asunto, que jamás la soltura y ligereza de pluma fueron cualidad de los pensadores livianos.

No son muchos años los que median entre la primera y la segunda parte, sobre todo si se tiene en cuenta que en ellos Cervantes compuso y acabó otras obras de importancia. Más joven y más afortunado Lope, escribía, reñía, gritaba, se enamoraba, cometía graves pecados, se arrepentía de ellos: su vida era un torbellino. Más viejo y con ménos suerte, Cervantes escribía y callaba, meditaba, cavilaba, daba tortura á la imaginación, metido en un cuarto de la calle de la Magdalena, escuchando, para acompañar su labor, cantar los mazos de la forja y los cepillos y sierras de la carpintería en el taller de coches de Francisco Daza, que vivía enfrente, ó bien oyendo la rezona cancamurria de su mujer y de sus hermanas doña Andrea y doña Magdalena, cuando volvían de novenas y ejercicios piadosos en la V. O. T. de San Francisco, á la que pertenecían las tres.

La beatitud había armonizado los genios y estrechado la amistad entre las Cervantas y doña Catalina. Las dos cortesanas y la lu-

gareña se entendían perfectamente en estos asuntos de santurronearía y marchaban muy acordados también con doña Constanza de Ovando. En cambio, parece que el trato con doña Isabel de Saavedra debió de hacerse ménos frecuente y ya se veían venir los disgustos entre Miguel y su yerno Luis de Molina. El amor de sus hermanas y la convivencia con ellas y con su mujer endulzaban los días de Cervantes.

Pero como estaba de Dios que no alcanzase el Ingenioso Hidalgo ninguna dicha completa, he aquí que el 8 ó 9 de Octubre de 1609 murió doña Andrea y fué enterrada en la parroquia de San Sebastián, á expensas de Miguel. Tremendo golpe debió ser este para Cervantes. Su hermana doña Andrea, heredera de la resolución y magnanimidad de su madre, fué la cabeza de familia. Bella, ingeniosa, agradable, conforme acertó á casarse tres veces y á complacer á tres maridos, no cabe dudar que atinó también á procurar la tranquilidad y hacer grata la existencia á cuantos con ella vivían. ¿Hemos de atribuirle además virtudes sobrehumanas y dignas de conducirla á los altares? Nada sería menos discreto. Las santas sirven para los altares, no para el mundo y ménos para salir adelante en situaciones apuradas y difíciles. Doña Andrea no fué santa, sino mujer de mundo y siéndolo fué amada por los suyos y murió rodeada de ellos y logró armonizar y reunir las voluntades de su hermano y de su cuñada, sacrificándose ella misma, conquistando la adustez de doña Catalina Palacios con el aliciente de la devoción compartida. Gran pérdida fué para Miguel la muerte de la excelente, de la agenciadora, de la discreta doña Andrea y á la memoria de esta buena dama deben acompañar nuestras simpatías.

Quedaba solo Miguel con su hermana doña Magdalena, su mujer doña Catalina y su sobrina doña Constanza, que era también muy dispuesta y mañosa. Doña Magdalena avanzaba de día en día, con más firmes y seguros pasos, por el camino de la santidad. En 10 de Enero de 1610, previa información de su vida y costumbres, profesó en la Venerable Orden Tercera y tomó el hábito. Pero su influjo respecto de doña Catalina, no debió de ser tan grande como el de doña Andrea.

A los ocho meses de morir doña Andrea, salió un día doña Catalina de Salazar de su casa, acaso después de larga conversación con alguno de sus parientes de Esquivias. La acompañaba su vieja criada María de Ugena, que la sirvió desde niña, y se dirigían á casa de un paisano de ambas, el notario Baltasar de Ugena. Salieron, con cualquier pretexto ó sin decir á dónde iban, sin que doña Magdalena ni Miguel se enterasen. Iba doña Catalina con cabal salud y en toda su razón á otorgar testamento. El buen clérigo Francisco de Palacios había logrado, sin duda, nuevamente, insinuar en el ánimo de doña Catalina la desconfianza hacia Miguel. Quizás le dijo que, ya á sus años, no había esperanzas de que mejorase de fortuna y de temple: quizás le ponderó lo poco que le habían servido sus trabajos y la fama del *Quijote*. Para aquel buen clérigo de Esquivias, Cervantes seguía siendo un poeta, una mala cabeza, casi casi un loco de atar. Total, que doña Catalina, esta buena y fiel esposa, cuyo amor á Cervantes tanto se ha ponderado, y en cuya ternura y afección el mismo Miguel confiaba, hizo, sin que su marido lo supiese, un testamento, desheredándole casi por completo, pues solamente le dejaba en usufructo por sus días el famoso majuelo del camino de Seseña, tantas veces mentado, y en cambio instituía heredero de la parte saneada de sus bienes al clérigo Francisco de Palacios Salazar, quien durante su vida, según se colige, se había aprovechado de todas aquellas fincas, y no quería que, en caso de morir su hermana, pasasen á su cuñado el de las manos rotas.

Hay que leer despacio este documento para comprender la malicia de quien le inspiró y la detestable estrella de Miguel. Pronto ó tarde, el Ingenioso hidalgo debió de conocerle, y su conocimiento fué quizás una de las mayores penas de su vida: fué ese desengaño más cruel que está aguardándonos detrás de la puerta por donde acaba de salir otro desengaño. Posible es que doña Catalina quisiera á Miguel, pero de seguro que no le estimaba. Aquel testamento suyo era otro aguijonazo que la sociedad correcta, la sociedad hipócrita, la sociedad ordenada, burguesa, devota, enemiga de heroísmos, pegaba en el corazón donde anidaba el espíritu de las caballerías, atacándole jesuíticamente, arte-

ramente al bolsillo, desvaliéndole en la ancianidad, abandonándole á sus propias fuerzas, no sospechando que con ellas podía forjar y tenía ya en la forja nuevos aceros para combatirla.

De semejante situación moral comenzaban á hablar, cortantes como estocadas del maestro Pacheco de Narváez, ciertas letrillas que por la corte corrían de boca en oreja y que grandes y chicos repetían, unos riendo, otros con gravedad. Un momento hubo en que Cervantes pensó y pudo ser Góngora: pero pronto alzó el vuelo y siguió siendo él mismo.